



Instagram y la nostalgia sintética

JACOBO
CARDONA
ECHEVERRI

A parece el plato a medio consumir, parece lasaña, aunque pueden observarse trozos de ciruela y algo de crema. Los bordes redondeados y el color sepia de la fotografía podrían hacerle pensar al observador desprevenido, o al marqués opiómano, que encontró junto al lago una máquina del tiempo, que alguien, allá en la década de los setenta, después de los primeros bocados, quedó tan exultante o sobrecogido, que decidió fotografiar el plato para recordar tan entrañable momento. El observador desprevenido se acercaría de nuevo al monitor para estudiar con más cuidado la siguiente fotografía: sobre una tarima en medio de una multitud de bañistas, un tipo sin camiseta y el rostro de Tyrion Lannister, el enano de *Juego de tronos*, tatuado en el brazo; frente a él, una consola que parece pinchar con fruición; a sus espaldas, el sol que

toca la línea del mar levemente agitado por vómito y preservativos usados. La fotografía está atravesada por sutiles estrías horizontales, moteada por pequeñas manchas ocre y naranja, quemadas las puntas. El observador desprevenido no podría señalar época alguna, la imagen sería parte del último sueño precognitivo que tuvo Kerouac. La desorientación, en otro tipo de texto, sería abrumadora, pero en este no sería sino síntoma de un arcaísmo reaccionario. El observador desprevenido, tras ser informado, terminará preguntándose cómo es posible una época en la que sea común fotografiar la comida y hacerlo público.

Las fotografías fueron alguna vez rastros merecidos de una historia transitada. Marcas y evidencias, trazos de una experiencia verídica. Lo que aparecía en una foto había sido real. Como partes de un engranaje protomuseístico ejecutado en el universo cotidiano, las imágenes eran guardadas en los álbumes familiares con celo y candor. Las pruebas de un itinerario que no podía ser refutado, a lo sumo mistificado en la parsimonia de quien empieza a ser acechado por el Alzheimer. En los días de lo análogo, tomar fotos no hacía parte de la asunción del derroche. El proceso de ver revelada una fotografía era dilatado y costoso, en ocasiones, precario. Cierta inversión de tiempo y dinero podía dar como resultado una mueca demoniaca en el bautizo del primogénito, cabezas partidas a la mitad, rostros sobreexpuestos junto al armario diáfano. Eran pocas las desechadas, todas eran pruebas con las cuales constatar un periplo —movido, borroso, velado— pero periplo a fin de cuentas. La excepcionalidad de

cada fotografía la convertía, parafraseando a Benjamin, en un objeto aurático. Era esa foto manchada, descolorida, doblada, en su carácter físico y concreto, el testimonio legitimado. En una vida, a lo sumo, un par de cientos de imágenes daban cuenta de lo que merecía ser conservado en historias. Lo demás era inexplicable.

En una época en la que cada día se suben a Facebook más de doscientos millones de imágenes, y se guardan otras cuantas en los discos duros de los ordenadores del mundo, lo inexplicable se convierte en un tarareo intermitente. Una vida desperdiciada, que podía ser resumida en las fotos de la primera comunión o los paseos al mar, es ahora centrifugada en millares de fotos tomadas en el baño, el almuerzo, el trabajo, el paradero del bus, el estadio, el ascensor o la sala de la abuelita. Fotos que, manipuladas con los filtros de Instagram para dotarlas de la tesitura del tiempo que pasa, se convierten en balbuceos retro de un pasado sumido en los estertores del simulacro. Y sí, todo pasado es simulacro, pero algunos fueron simulacro de primera mano.

Instagram es una aplicación gratuita para compartir fotos, originalmente diseñada en 2010 y disponible para dispositivos móviles, que permite a los usuarios manipular las imágenes con filtros, colores *vintage* o marcos similares a las placas de las viejas cámaras polaroid. Para los apocalípticos tecnófobos que desayunan con maní, esto no supone más que la muerte del arte fotográfico: solo bastaría un par de filtros para hacer de la salida a un restaurante de comidas rápidas una escena hopperiana de apatía y desencanto. En realidad, estas

Al aplicar
los filtros de
Instagram, el
artista intenta
producir una
sensación
parecida a esa
veneración, sin
correr el riesgo
del desgaste,
pero olvida que
es el desgaste
lo que en
realidad dota a
la foto del aura
reverencial.

simplificaciones asociadas al cambio tecnológico de los sistemas de inscripción y representación han sido reiteradamente desvirtuadas: ni con la fotografía se ha acabado la pintura, ni con el cine desapareció el arte fotográfico; además, el talento consiste en algo más que saber calcular la apertura del diafragma y la velocidad de obturación. El talento es más una forma de mirar que el refinamiento de un dispositivo técnico.

Lo realmente agobiante de Instagram es el proyecto expresado de aportar una sensación de *pasado* a la fotografía digital.

El artista visual Richard Koci Hernández habla del sentimiento cálido, desvanecido y fuera de foco de las fotografías de la infancia, de ese halo que provoca cierta reverencia y cuidado. Al aplicar los filtros de Instagram, el artista intenta producir una sensación parecida a esa veneración, sin correr el riesgo del desgaste, pero olvida que es el desgaste lo que en realidad dota a la foto del aura reverencial. ¿Qué busca un adolescente al aplicar un filtro sepia, con manchas y requiebros

en las puntas, a su propia imagen frente al espejo? ¿Hacerla parecer vieja, antigua?, ¿un adolescente quiere parecer antiguo? No. El adolescente, y casi todos los que hacen de Instagram una experiencia común, van tras el episodio descolocado, el trazo de otra época que permite armar el gran *collage* sin época de nuestra contemporaneidad. Y no se trata de un proyecto de la industria cultural americana que puede hacer de la serie *Mad Men* o de una película de Tarantino el corolario pop del desborde hedonista y metarreferencial propio del tinglado capitalista actual. Se trata de algo más simple: la anulación del pasado. Del pasado como

sustrato que nos permite ubicarnos en un relato existencial. Ya, de entrada, eso suena a comentario académico desarmable, algo para terminar un poema, actualizar Twitter o titular una tesis. Detrás de la efusividad de Instagram no hay nada más que la imposibilidad de rememorar, el conformismo de la triquiñuela. Y todo se debe al crecimiento exponencial de la tecnología. Ya nadie nace y muere en la misma cama, como hace doscientos años, como hace cincuenta años. Reemplazamos continuamente camas, televisores, autos, ordenadores, de tal forma que no se establece vínculo con los objetos que sirvieron de catalizadores de una anécdota, de un tránsito necesario. La ambientación es transitoria, el escenario, contingente.

Saco el celular que aún llevo conmigo desde hace más de ocho años porque con él conquisté a punta de mensajes de texto a mi novia, y la veinteañera sentada a mi lado en el metro me mira con repulsión.

Las fotografías archivadas en el ordenador son piezas rizomáticas de un mundo que solo puedo entender a pedazos.

La red técnica que me permite escribir estas palabras no será la misma dentro de un año y yo solo podré ser operativo, eficaz, si me actualizo en el nuevo sistema de artefactos. ¿Qué podría recordar si no hay museos unipersonales ni piezas de rebujo en esos pequeños apartamentos que nunca serán heredados porque terminarán convertidos en una suma de dinero almacenada en los bits de las cuentas de un especulador financiero?

Tal vez Instagram sea la nostalgia por la nostalgia, pero pronto la nostalgia solo será una palabra para designar el trastorno casi erradicado del *Homo sapiens* que recuerda. En un presente incesante, la fotografía amarillenta de una lasaña sobre el ícono del pulgar levantado será una muestra más del extravío habitual. ■

Jacobo Cardona Echeverri (Colombia)

Antropólogo y magister en Estética. Ganador del Concurso Nacional de Poesía Universidad Industrial de Santander 2012.